

Waldo Urzúa

Imágenes de Santiago antiguo



DOS niños suben corriendo por Compañía hacia la Plaza de Armas. Hace uno girar entre las manos su juguete de madera: la matraca; el otro sopla y sopla el cono de lata pintarrajeada de azul y rojo: una corneta. Se sienten heraldos de una fiesta de bullicio. Avanzan jubilosos y a su paso se rompe el recogimiento de la tarde santiaguina. Están alegres, quieren alegrar. Cruzan a saltos la calzada y gira la matraca y sopla la corneta. Los caballos de un carro urbano se encabritan. Junto a sus cabezas, sorprendidas, han reventado en ruidos la matraca y la corneta. La huasca del cochero restalla amenazante, pero los muchachos se adelantan en la huída.

Matraca y corneta continúan su diálogo discordante. Al entrar a la plaza vienen a su encuentro los vibrantes sonos campaniles de la Catedral. Voltear litúrgico del angelus. Y pasan por el aire, en una fuga armoniosa, las voces de los campanarios de la Merced y de Santo Domingo. Es el canto de la tarde pascual.

Cielo transparente, ya sin sol; toldo azul en que van brotando las estrellas.

La matraca y la corneta se han detenido en Ahumada a mitad de la cuadra. Los ojos de los muchachos se aferran a una vitrina: payasos, soldados, trenes, caballos, monos, perros y ovejas, ovejas, ovejas blancas, mucha lana suave y ensortijada, inexpresivos ojos tímidos de vidrio; ovejas que miran, ovejas que parecen sonreír a una imagen de Jesús niño. Y pelotas de goma y pitos y toribios que sacan la lengua y globos rojos, azules, amarillos y verdes.

Junto a la matraca y a la corneta pasan otros niños de la mano de sus padres. Llevan regalos de Santa Claus: cucuruchos, cornetas y flautas, y tambores y armónicas que no suenan. Son bien educaditos y por bien educaditos, bobalicones. La matraca y la corneta se burlan y suenan y chillan. Son libres. Ante un militar en miniatura, orgullo del padre que lo lleva, orondo, de la mano: dolmán azul, pantalones y quepí rojos y pompón blanco, la matraca y la corneta estallan jaraneras, de improviso. El chico remilgado se asusta y hace pucheros; los dos malandrines huyen jugando cabriolas. La matraca se ríe a carcajadas, garr-garr-garr y la corneta rebuzna de alegría.

Voltean las campanas de las iglesias. La Navidad se aproxima. Las gentes entran gravemente a las tiendas de juguetes y a las pastelerías. La Casa Francesa y Pra, Montero y Camino rebosan multitudes.

Como si la matraca y la corneta ya perdidas en la lejanía hubieran dado una señal, la calle se puebla con sonajeo de latas y de maderas en trance de instrumentos de ruidos. Y cantan los pregones de los vendedores de albahacas y de claveles. La vieja ciudad se despeza y alegra. Encienden los faroles del alumbrado y hay en las tiendas profusión de luminarias: luces de gas en pantallas de color y guirnaldas de faroles chinoscos con velas de cera.

Junto a una montaña de sandías, cáscara reluciente y verde veteada de negro, azucarada sandía de Aculeo, sobre el hule de una mesa, muestra una su rojo corazón y sus pepitas negras. Y en la fonda vecina, entre capas de hojas de higuera, ramas de brevas, de duraznos, de damascos, de cerezas. En el suelo, los cajones aun repletos, cubiertas y protegidas las frutas por ramas de yerbabuena, de toronjil, de menta, perfuman el aire con el penetrante olor de la maleza campesina.

Y más allá la ollería de Talagante. Greda cocida, roja greda moldeada por dedos de artífices primitivos: ollas, cántaros, mates, garrafas y figuras de pájaros, de animales, de hombres. Huasos a caballo, mujeres en movimiento de cueca, tocadores de guitarra. Con mucho barniz negro y pintados en color algunos trazos, las mantas de los jinetes, las blusas y las polleras de las bailadoras. Y frente al negocio, la vendedora, una campesina mofletuda, con delantal de vichy, sentada en una silla de paja.

La noche ha caído sobre la ciudad. Pero la Alameda es una vía encantada. Por sobre los montones de sandías y las mesas con frutas, y las ollerías y los puestos de refrescos, de árbol a árbol, de pilar a pilar, se extienden, se cruzan, balanceándose con la brisa, interminables guías de faroles chinescos y guirnaldas de ramas y festones con banderolas de papel de color.

Temprano afluye la multitud. De todos los extremos de la ciudad vienen las gentes. Los carritos son incapaces de servir. Rendidos, los caballos se arretacan y nada pueden contra el cansancio los postillones, el restallar de las huascas, los gritos acuciadores de los transeúntes. El público lo toma a chanza. En el interior de los carros, detenidos lejos de la Alameda, estalla la zarabanda de la cueca.

—Mientras resuellan los pingos y nos vamos di un trote pa ond' está lo güeno, póngale m'hijita. No sea cort'e genio, perrita, qu' esta noch'e es noche güena y noch'e parar l'oreja...

Se levanta la china—vestida de percala, clavel en el pelo, ramo de albahacas en el pecho—y alza el pañuelo. Una guitarra puntea y una voz de roto diablo, canta:

Una ficha negra
y otra colorá,
y una conductora
que no vale ná...
¡Huífale, rechíflale!

La pareja avanza, retrocede, gira. se busca, se aleja, se acerca hasta que se rozan las caras. La pista es pequeña, pero el entusiasmo y el jaleo la agrandan.

La Noche Buena ha comenzado.

¡Albahaca, albahaca pa las niñas retacas!

¡Claveles, claveles, rojos claveles!

¡Al rico ponche en leche, al rico ponche! No tiene malicia, pero si quiere m'hijita ustedé paga el ponche y yo pongo la malicia! ¡Al rico ponche!

Acude por todas las calles la multitud. La Alameda está de fiesta. Olor a frutas, a yerbas, a fritangas, agrio olor de multitud sudorosa. Una nube de polvo disfumina las luces. Por sobre las añosas encinas, caen racimos de estrellas y luminarias de fuegos artificiales y estallan las bombas detonadoras. Entre las gentes se arrastran y saltan, y van y vienen, y luego estallan los buscapiés vertiginosamente y atruenan los cohetes. Fósforos de bengala abren lamos de resplandores feéricos.

Albahaca y claveles, albahaca y claveles!

Empiezan a repicar las campanas parroquiales llamando a la misa del gallo. La multitud está ebria y harta. En las fondas, las cuecas pisan el talón a las cuecas. Al son vibrante de las guitarras, movidas por el envite clamoroso de los tamboreos, cuatro, cinco, ocho parejas bailan en cada pista a la vez. Y hombres y mujeres cantan. Una voz de ebrio «lacho»,

La vida para quererte...

O las canciones animadoras, alegres, que dan un ritmo vivo y continuado a la danza.

Allá va la bala
por la Cañadilla,
matando las viejas,
dejando las niñas...

No s'enoje suegra,
bote la polilla;
échese una cueca
y me da la chiquilla.

Las faldas de percala revuelan con el viento de la danza ora lenta, ora vertiginosa. Reclamo voluptuoso de la hembra en que los ojos se adormecen mirando suavemente, los labios sonríen pícaros y los brazos se encogen como para una caricia, y esquive repentino y violento de coquetería ante el macho que se acerca guaroso, rendido. Y huyéndose y persiguiéndose, los pies repiquetean en el suelo, y trazan parábolas, y se inmovilizan y vuelven a girar. Y en tanto, los pañuelos en alto, flameantes, amusgados, concreción de los deseos y de los ardores que despierta en los bailarines la simbólica danza primitiva.

[Cómetela, negro! [Llévala p'al cerro!
[Espant'a la vieja, chiquillo!
[Ah, vieja!

Corren los muchachos haciendo sonar las matracas, soplando las cornetas, arrojando buscapiés. Estallan rollos de cohetes.

En las fondas, la Juana, la María, la Josefina tienen el peinado deshecho y un brazo de hombre en torno al cuello. Llegaron remilgadas, después de servir la comida a los señores y con promesa de volver antes de la cena. Limpios y bien almidonados, los vestidos de percala, las blusas de gasa. Clavel rojo en el pelo, ramo de albahacas prendido en el pecho. Pero la Noche Buena está embrujada: sonajería de músicas, rasgueo de guitarras, fragancia de frutas, duraznos que derraman su jugo azucarado por entre los labios golosos y embriaguez de ponche con malicia. Y los requiebros de Juan, de Pedro, de Carlos, de este, de aquél, del otro, de los estudiantes diablos que bajan en grupos a cazar chinas para la noche y hasta el alba. Y palabras que trastornan las cabezas con claveles y hacen estremecer los pechos con perfume de albahacas.

Noche de cantos, de flores, de alcohol, de lujuria, de hartazgo. Navidad santiaguina.

En las iglesias, ante el altar de Belén, únicamente están las viejecillas de manto que llevan a los nietos a ver al niño Jesús. Bueyes y vacas, y ovejas y pastores, y un asno en el pesebre, y luces de gas y llamitas temblorosas de las velas de cera y gasas y platillos en que han brotado tupidas sementeras en miniatura.

Cantan los niños ante el altar; hacen sonar matracas y cornetas, y tambores en homenaje a Jesús, que

está de espaldas en el regazo de María, desnudo, los
bracitos abiertos, mirando con sus ojos, muy azules, a
la inmensidad de la que pende el rutilante lucero.

La Noche Buena se viene,
la noche buena se va...